

**Héctor y Melco**

**L**lorar, gritar, salir corriendo, morderse por dentro. Uno no sabe qué hacer ni qué decir frente al asesinato de Héctor Vargas, en la Sierra Nevada de Santa Marta y de Melco Fernández, en la Serranía de La Macarena.

Hace unos años los vimos a los dos, porque eran amigos, jugar en Caño Cristales, el río más hermoso del mundo. Se empujaban, se perseguían, se reían. Le hacían una segunda voz al agua transparente, a las algas y parásitas, a las piedras de cuarzo pequeñas, redondas y sonoras. Era la vida. Allí en esas mismas aguas, Sara, la mujer de Melco, parió a dos de sus hijos. Allí soñamos con que todos los colombianos pudiéramos compartir el encanto de ese rincón. Como soñaba Héctor Vargas cuando defendía al Tayrona, sus espumas siempre esquivas, sus gigantescos caracoles, sus atardeceres.

La avidez del interés privado no conoce límite. El Tayrona fue salvado de las garras de las cadenas hoteleras hace diez años. Una pelea dura, encabezada por Daniel Samper y Alegría Fonseca, y apoyada por gran parte de la opinión pública. Se impidió entonces la transformación del parque en un coto privado de hoteles de cinco estrellas. El pleito se ganó pero los problemas no se resolvieron. El parque no es público sino en teoría, porque existen 450 propietarios que acreditan títulos. El robo de madera ha sido continuado, la caza y la pesca comercial no han parado, el agua potable se agotó y por eso Héctor tuvo que cerrar el parque afectando algunas empresas que se lucraban con el turismo.

En La Macarena, también Melco tenía que vérselas a diario con las furias del interés privado: comerciantes de madera, com-

pañías turísticas, cultivadores de coca, ganaderos. Todos quieren robarle al sitio lo que el sitio ofrece.

La situación de los parques y de las reservas dejó de ser dramática para ser trágica. La gran mayoría están invadidos por colonos y propietarios—inclusive el Parque Nacional de Bogotá—y con excepción de Katíos, que se conserva gracias a una tácita y extraña alianza entre el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos y las guerrillas, el resto son jirones que se han medio salvado.

Entre todos los enemigos de los parques y reservas, el más agresivo es sin duda la potrerización. La concentración de la tierra para montar haciendas empuja a los colonos a zonas baldías donde todavía se conservan recursos naturales. El colono va abriendo y el ganadero comprando. Así han llegado a los parques, se han metido y los están destrozando.

También acechan los comerciantes de madera. No son ellos los que tumban, aserran y sacan la madera; son los que compran y se enriquecen con ella. Son compañías que acabaron con la ceiba toluá en el Arauca, con el flor morado en el Caquetá y con el cedro en el Guayabero. De su brazo llegan los comerciantes de coca, amapola y marihuana, financiando cultivos y esperanzas. Cuando la merca alcanza precios altos y sostenidos como ahora, no hay obstáculo que los narcos no brinquen. Ellos son, además, los mismos que compran las mejoras a los colonos para hacer sus haciendas, y los que compran a los pescadores el pescado. En algunos parques, donde existen posibilidades, montan empresas turísticas, usan sus playas para hacer embarques y las vegas de los ríos para hacer aero-

puertos clandestinos. Todo a la vista de las autoridades que se lucran con el soborno y se complacen con esta versión del progreso.

Los parques y las reservas están heridos de muerte. El problema será cada día más grave en cuanto menos zonas por colonizar y explotar queden. Las regiones baldías en Colombia están por acabarse. Las formas salvajes de acumulación de capital—y en muchas ocasiones "las decentes"—están liquidando un patrimonio que es de todos.

La solución de un Cuerpo Armado Verde, es la clásica salida en falso: armas, siempre armas. Es difícil pensar en unos muchachos recién salidos del colegio, armados con los Galil que vamos a producir, cuidando un parque en medio de una guerra sangrienta. No hay que olvidar que la mayoría de los parques quedan en las zonas de conflicto. No se entiende por qué nuestros gobernantes piensan sólo en medios violentos para resolver la violencia, en lugar de hacerle campo a la paz. En el caso que nos ocupa, los parques deberían defenderse rodeando los de reservas campesinas que amortigüen los impactos de la acumulación de capital que llaman progreso.

Estamos a punto de perder otra pelea. No nos queda más que repetir sobre las tumbas de Héctor Vargas, de Melco Fernández y de todos los que han muerto defendiendo el futuro, lo que escribió el viejo poeta León Felipe: *Todos dicen: es glorioso ganar una batalla. Pues yo digo que es tan glorioso perderla. Las batallas se pierden con el mismo espíritu que se ganan.*

*¡Hurra por los muertos! Dejádme soplar en las trompas, ríe y alegre, por ellos.*